

Me imagino que ya estarás en Roma. Es muy curioso lo presentes que estáis para mí tanto Roma como tú. Hay un monte al que nunca se te ocurriría ir, y esto es lo curioso... Ayer, al final de la tarde, me encontraba en la cima y te vi llegar caminando desde un lugar situado en la falda del monte. Siempre es mediodía allí: ante el espectador se alzan los siete pilares del Foro, con sus capiteles entrelazados, formando un ángulo recto. En sus bases yacen algunos detritos, un león de mármol roto, y creo —no estoy seguro— que la estatua de bronce de la loba amamantando a los dos niños. Observé cómo tu vestido rozaba la hierba: era gris, de un tejido fino. No conoces, supongo, la imagen que ofreces cuando no eres consciente de ser observada. Yo te estuve observando largo rato: observé a la persona que eres para mí.

Ayer vi a tu marido en el club; me dijo que no regresaría hasta finales de abril. Cuando volví a mi aposento encontré una carta. Te hablaré de ella más tarde, y te prohíbo que leas

ahora el final de lo que estoy escribiendo. Estoy a punto de darte una noticia importante: si pudiera te la daría sin más, pero no se puede anunciar así algo del todo inesperado. Sin embargo, si sigues leyendo hasta el final, la naturaleza y el tono de mis palabras te darán una pequeña pista acerca de lo que voy a revelarte; te irán preparando para ello. Se trata, sí, de una revelación.

En resumidas cuentas, fue esa carta —una carta de negocios— la que me hizo ponerme a pensar; la que hizo que se alzara ante mí aquel monte. Así es: me encontraba en lo alto del monte y Roma se extendía ante mí sobre la inmensa llanura, cubierta por una bruma. He pensado a menudo en viajar a Roma; en hacerlo contigo, en un otoño libre de preocupaciones para los dos. Ahora sé —después de recibir la carta— que jamás veré otra Roma que la que se divisa desde ese monte imaginado. Cuando ayer por la tarde llegaste caminando desde una alameda plateada, envuelta en la maravillosa luminosidad de aquel mediodía, te miré —miré a la persona que eres para mí— durante largo rato. Caminabas despacio, sosteniendo, según creo, una sombrilla sobre tu cabeza; entonces levantaste la vista hacia los siete pilares... y comprendí en aquel instante que —puesto que no regresarás hasta finales de abril— ya nunca más te volveré a ver. No volveré a ver a la persona que ven todos los demás hombres.

Seguramente has comprendido ya —puesto que lo comprendes todo tan bien— en qué consiste mi revelación. No revelo nada, desde luego, si te digo que te amo. Así como se debe profesar una reverencia profunda a la juventud, los muertos son acreedores a una amplia indulgencia. Pues yo estoy muerto: Dios sabe cuántos años llevo viviendo sólo a través de ti. Y ya nunca más volveré a hablar contigo. Antes

de que termine el mes de abril se me habrá dado algún tipo de entierro. No soy más que un espectro. He puesto fin a mis relaciones con el mundo. He saldado todas mis cuentas, he hecho testamento. Pero no dejo más que mi memoria: eso es lo único mío que queda ya en el mundo, y te lo confío a ti.

Qué curioso me resulta el mundo ahora. He venido aquí caminando despacio desde Gordon Square. Sí, he caminado despacio, porque todo mi trabajo está hecho. En el camino me encontré con Graydon Bankes. Le habría asombrado saber hasta qué punto me parecía irreal. Mide alrededor de un metro ochenta y tiene un lunar marrón en la mejilla izquierda. No conseguía explicarme el porqué de su existencia. Toda clase de brumas pasaban a su lado.

Esto ocurrió junto a la entrada al Museo de Historia Natural. Me dijo que la ley de ferrocarriles de Seaford sería examinada en junio por el Comité. ¿Qué significa junio?, me pregunté... Entonces me reí y pensé que junio nunca llegaría.

Junio nunca llegará. Piénsalo por un momento. Hemos discutido alguna vez la legitimidad ética del suicidio: ahora entenderás por qué junio nunca llegará.

¿Te acuerdas de ese anillo que llevo siempre? Me refiero al que tiene engastada una piedra grande, verdosa. Me has preguntado alguna vez qué piedra era. Te parecía —lo sé— de mal gusto, y te dije que lo llevaba para favorecer ciertas asociaciones mentales. Sé que pensabas que... pero no, no ha habido ninguna otra mujer.

Debiste de comprender hace ya tiempo que no había, que no podía haber otra mujer. El anillo no hay que asociarlo con un amor extinto, ni con el odio, ni con la pasión, ni con ninguna de esas formas del desasosiego que tienen un término en la vida: señala más bien aquello que no acaba nunca; sólo Dios sabe si se

puede encontrar algún descanso en ello. Si no fuera de mal tono usar palabras grandilocuentes en situaciones extremas diría que en ese anillo está la Eternidad, la Eternidad que es la negación de cuantas pérdidas y decepciones nos depara la vida. Habrás notado, quizá, que hay algo que escapó siempre a la confianza que teníamos el uno en el otro: me refiero a ese elemento de negación universal que se esconde en la capa de cristal del anillo. No fuiste tú quien trajo el anillo a mi vida: me lo hice fabricar hace años. Mi carácter me hizo siempre anticiparme a un toque en el hombro, al cual sólo podía responder con una provocación. El anillo es mi arma: me lo llevaré a los dientes, morderé el cristal. Allí dentro hay veneno.

No te he ocultado nada, ¿verdad? La gran sabiduría que tienes y por la que te amo tolera esta clase de cosas. Estoy seguro de que lo aceptarías, tú que has conocido a tantos pecadores sin haber pecado jamás.

Ay, amor mío, por eso te he querido tanto. Desde nuestros dos polos hemos terminado por encontrarnos en un espacio común de escepticismo, de manera que ya no estoy seguro de si fuiste tú o yo quien dijo primero «No te creas nada. No seas cruel con nadie». Pero al menos hemos sufrido. Cuando uno lleva consigo, como yo lo he hecho, una bala de cañón durante años, llega a tener algunos pensamientos sabios. Bien sé que tú has adquirido tu inmensa sabiduría en medio de una vida atrozmente aburrida. Te han envidiado, y tú también has pensado: «¿Hay alguna perspectiva justa para los que vivimos ocultos entre esos árboles?». Yo he sido envidiado por mis dones, por mi talento, por mi riqueza, por mi posición, por las cartas que me han dirigido, por mi casa grande y vacía, por mi gusto para los cuadros... por mis oportunidades, en suma.

Los grandes criminales y las personas muy pacientes aprenden una misma lección: No te creas nada. No seas cruel con nadie.

Pero no puedes entender lo enormemente tranquilo que me siento. Es la una de la madrugada. Es imposible que me detengan antes de las once de la mañana. Tengo, no lo dudo, diez horas por delante en las que puedo escribirte, anotar mis pensamientos de forma indolente y desordenada. Diez horas en las que puedo hablar contigo.

La ansiedad que provoca una emoción secreta le hace a uno ser sincero en último término. El silencio es como una presa. Cuando el agua llega a su punto más alto la presa cede. No soy lo bastante presuntuoso para pensar que puedo arrastrarte, aterrorizada, en el ímpetu de mis confidencias. Me falta la fuerza primaria. O quizá se trata más bien de esa forma de «grandeza» de la que he carecido durante toda mi vida: esa cualidad profunda que llaman los italianos *terribilità*. Nada hay de arrollador ni de terrible en la confesión de un amor demasiado grande para mantenerse en los límites de la banalidad que salvaguarda nuestra vida diaria. El amor ha impulsado a los hombres a cometer crímenes. Toda gran pasión obliga a transgredir la ley. Tu amor, sin embargo, no era mío, y el amor que yo sentía por ti estaba adulterado por esa reverencia convencional que resulta auténtica en el noventa por ciento de los casos, pero que en el diez por ciento restante no es más que una solemne patraña tras la cual se esconden todos los remilgos de una humanidad que ha dejado atrás su juventud. Yo he sido un hombre enteramente de mi tiempo; me ha faltado por ello el coraje necesario para una arremetida, lo mismo que el pájaro respeta al débil y harapiento espantapájaros. Un hombre de mi tiempo, de los pies a la cabeza. Date cuenta de

que no digo de nuestro tiempo. Pues tú perteneces a todas las épocas: eres la Mujer amada del primer grito que rompió el silencio y también de la última canción, la que señalará el fin de este mundo lleno de ingenio, al que han sido otorgados el amor y el sufrimiento y que ha inventado a la vez, a lo largo de las épocas, todas las virtudes y todos los crímenes. Siendo como soy de este mundo y de este tiempo, me he propuesto manejar sagazmente mi sufrimiento y mi amor.

Ahora todo ha terminado, incluidos los remordimientos. Nada queda ya de las cosas finitas, aparte de unos pocos días de vida y la confesión que debo hacerte; a nadie más que a ti en todo el mundo.

Es difícil. ¿Cómo debo empezar? ¿Me crees si te digo que cada vez que me iba de tu lado sentía el deseo, la necesidad de olvidarte? ¿Me crees?

Éste es el gran secreto, el núcleo de mi confesión. No importaba la distancia. Ningún muro podía protegerme. Tampoco en la soledad estaba a salvo, y como no confiaba en el consuelo de la eternidad tu ausencia me hacía sufrir de manera atroz.

De haber habido reinos que conquistar, o una cruzada que predicar —pero no, no hubo nada de eso. Además no habría tenido el valor suficiente para ir más allá del sonido de tu voz. Podrías haberme llamado en cualquier momento. Pero no lo hiciste. Jamás. Ahora ya es demasiado tarde. Por otro lado, soy hombre de mi tiempo, y no es éste un tiempo de grandes hazañas sino de gigantescas operaciones especulativas. Había que sobrevivir de algún modo a aquellos momentos en que no podía estar contigo. No me atrevía a afrontarlos con las manos vacías por temor a que un pesar tan grande me llevara a perder la razón y maldecirte. ¿Acción?

¿Qué clase de acción podía apartarme lo suficiente de ti y de los pensamientos sobre ti, que me recordaban que existías? Y como en tu alma estaban la verdad y el sosiego traté de olvidarte con mentiras y con una actividad enfebrecida. Sólo rebajándome me era dado escapar a la tiranía de mi deseo. Quizá estaba loco. Lo cierto es que jugué: primero con mi propio dinero, después con dinero que no era mío. Conoces mi relación con la fortuna de los Burden. Fui designado administrador en el testamento de mi amigo Alexander Burden. Jugué con resuelta temeridad, con los ojos cerrados. Ahora entenderás el origen de mis casas, de mis colecciones, de mi reputación, de mi gusto por la magnificencia: ese gusto del que a veces te permitías burlarte con delicadas lisonjas, como dando a entender que no era digno de nada de eso. Era como un paseo vertiginoso a lomos de un caballo salvaje: ahora ha sobrevenido la caída. Ha sido repentina. Estoy vivo pero con la espalda rota. Edward Burden va a casarse, y tengo que devolver lo que tomé prestado de los fondos del legado. No puedo hacerlo. Por eso estoy muerto. (Un ratón acaba de salir de debajo de una de las cajas de caudales. Me observa. Puede que haya estado comiéndose algunos de los documentos del armario grande. Mañana por la mañana le diré a Saunders que consiga un gato. Nunca antes había visto un ratón aquí. Nunca me había quedado aquí hasta tan tarde; en momentos de presión, como sabes, me he llevado siempre los documentos a casa. De manera que ha sido prerrogativa del ratón andar suelto a estas horas. Pensándolo mejor, no, no haré traer un gato: hasta ese punto pertenezco aún a este mundo. ¡Soy dueño del destino de los ratones!).

Dispongo, entonces, de diez horas, descontado el tiempo que he empleado en dar cuenta de la actividad del ratón,

para hablar contigo. Cuando pienso en ello ahora, me resulta extraño que desde que nos conocemos —hace ya siete años, tres meses y dos días para ser exactos— no haya tenido la ocasión de hablar contigo durante tanto tiempo. El período más largo fue cuando regresamos de París juntos y tu marido se encontraba en un estado tal que no podía ver ni oír nada. (Le he visto, por cierto, todos los días desde que te fuiste. Lleva estupendamente el que no estés, de hecho me parece que no ha cedido al desánimo ni una sola vez. Tengo para mí que en realidad tu ausencia le hace bien en cierto modo: da lugar a un nuevo estado de cosas, y dicen que un cambio ayuda mucho a romper con una costumbre. Quiero decir que tiene que ocuparse ahora de algunas de las muchas cosas que haces por él. He visto que hasta le ha pedido al banco su libreta de depósitos y la ha cotejado con sus talonarios. En vista de su mejoría no he ido aún a su farmacia, pero les voy a decir, por supuesto, que reduzcan la dosis de manera subrepticia.) Nunca hemos podido hablar durante tanto tiempo como en aquella ocasión. ¡Y cuando pienso que en todos estos años no he podido coger tu mano por más tiempo del permitido por las reglas de la más estricta etiqueta! Al mes de conocerte ya te amaba.

Me pregunto a qué se debe esto. Quizá sea un capricho, o acaso una costumbre, una forma de idealismo, una cierta delicadeza. Bien sabes que el motivo no está en escrúpulo moral alguno.

Interrumpo la escritura para repasar lo que he escrito hasta aquí. Primero está la cuestión de por qué no te conté jamás mi secreto, luego está la de en qué consiste verdaderamente ese secreto. He planteado muchas cuestiones pero no he desarrollado ninguna hasta el final. Todas desembocan, sin embargo, en una sola: la de nuestra preciada relación.